

LLEVAR EL SALUDO
LOS SIGNIFICADOS DEL *SHALOM*

Paolo De Benedetti / Massimo Giuliani



37

CRUCE



LLEVAR EL SALUDO
LOS SIGNIFICADOS DEL *SHALOM*

Paolo De Benedetti
Massimo Giuliani



Diseño de cubierta: Estudio SM

© Título original: *Portare il saluto. I significati dello shalom*

Traducción de Pablo D'Ors y Grabiella Bellini

© 2012, Editrice Morcelliana, Brescia

© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcredit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2800-0

Depósito legal: M-31.297-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

LLEVAR EL SALUDO. SOBRE LA RESPONSABILIDAD DE ABRIR (Y CERRAR) EL DISCURSO, por Massimo Giuliani	5
1. Inaugurar la relación siempre de nuevo	11
2. Colmar la distancia en el saludo del vicario	15
3. Etimología del saludo	20
4. Salvarse, es decir, preservarse a sí mismo	25
5. Saludar los primeros, una <i>mitzwá</i> menor	29
6. Negar el saludo o marcar la distancia	33
7. El penúltimo saludo	37
8. Dar el último saludo	42
 <i>Shalom</i> . RAÍCES BÍBLICAS Y DESARROLLO RABÍNICO	
DE UN SALUDO MESIÁNICO, por Paolo De Benedetti .	47
1. En la Biblia	51
2. En el pensamiento rabínico	57
3. ¿Para quién el <i>shalom</i> ?	59

MASSIMO GIULIANI

**Llevar el saludo.
Sobre la responsabilidad de abrir
(y cerrar) el discurso**

«Saludar» y «llevar el saludo» son un gesto cotidiano, un rito que hacemos en casa, por la calle y en el trabajo casi automáticamente. «Saludar en representación de» es además una experiencia que supera el ámbito académico y que se extiende en todo lugar a casi todas las reuniones oficiales, desde los congresos científicos a las grandes manifestaciones políticas, desde una exposición de cuadros a reuniones interreligiosas. Se saluda, en fin, donde hay huéspedes, invitados o simples participantes, y en cualquier parte en donde se celebra un acontecimiento social que deba ser inaugurado con solemnidad y con la debida oficialidad. Los saludos, los propios y los ajenos («en nombre de» los que estamos autorizados a hablar, si los representamos legal y dignamente), casi siempre se dan o se llevan, pero a veces se ofrecen, casi como si fueran una oferta preliminar o un acto de devoción, que es como a menudo se presentan o se ofrecen las credenciales a un rey o a un jefe de Estado. Los saludos, pues, son una especie de credenciales con los que se da crédito a alguien, el cual los escucha agradecido y confía en ser respetado y acogido, aunque en realidad su atenta y comprensiva escucha acoge no tanto el saludo en sí mismo cuanto a su portador, al embajador de ese mensaje que el saludo vehicula de varios modos.

Antes de adquirir la solemnidad pública que ahora le es propia, saludar es, bien mirado, un gesto profundamente

simple y cotidiano entre dos o más personas. Es un gesto que hacemos a menudo sin tan siquiera pensarlo o quererlo. Saludamos porque saludar pertenece a las buenas maneras que la sociedad nos enseña desde pequeños; porque saludar y contestar a quien nos saluda es algo que nos caracteriza como especie que vive en interrelación; porque el saludo es la primera y más elemental señal de reconocimiento de un vínculo y de una conexión. Sin el presupuesto, directo o indirecto (o sea, contextual) de tal reconocimiento, el saludo no se da, y esto hay que entenderlo literalmente, es decir, que no es ofrecido ni correspondido. Sin este vínculo, actual o potencial, saludarse no es algo que salga espontáneo y puede resultar ambiguo. Esto pasa cuando saludamos a alguien por la calle confundiendo por otro. Luego nos damos cuenta del equívoco y casi nos disculpamos ante él, que está presente, por haberle saludado (reconocido) como si fuese otro, que está ausente. Pero a menudo ocurre también lo contrario, o sea, que no saludamos a alguien que conocemos porque estamos distraídos o despistados. Saliendo de nuestra distracción, nos justificamos entonces ante él diciendo: «No te había reconocido». ¿Por qué estas excusas y esta solicitud de perdón por no haber saludado si no es porque el saludo es algo debido frente al otro con el que estoy conectado, interrelacionado o unido (no importa si mucho o poco, si objetiva o subjetivamente)? Amistad, parentesco, compañía, asociación, cooperación, así como las muchas formas relacionales de la sociedad humana, son todos ellos vínculos en los que se presupone –sea de modo explícito o implícito– el reconocimiento, es decir, un conocimiento no casual del nexo relacional. El saludo da voz a este conocimiento, a esta admisión de unión anterior al propio saludo, pero que, sin él, quedaría potencialmente negado. Sin el saludo, el conocimiento anterior de esa persona quedaría en tela de juicio,

dejando la duda de hasta qué punto el otro nos es ajeno o indiferente. Por eso nos disculpamos cuando no saludamos a quien reconocemos que lo merece. Pero, ¿cómo se adquiere este mérito de ser saludado? ¿Deberíamos acaso volver a la metáfora del crédito y de la deuda? Emmanuel Lévinas dice que nuestro saludo es una deuda respecto del otro, en cuyo rostro reconocemos la común pertenencia a la humanidad. Nosotros estamos en deuda con un saludo, y él o ella –el otro, el distinto pero igual a nosotros e interrelacionado con nosotros– tiene el crédito de un saludo nuestro.

Y entonces saludamos. A veces hasta nos paramos a saludar (bajamos de la bici, paramos el coche...), para que resulte claro que se trata de un saludo auténtico, no formal, un saludo que tiende al reconocimiento y a entrar en la relación que ese encuentro posibilita. No «llevamos el saludo»; somos nosotros quienes saludamos: somos el medio y el fin de tal saludo, la forma y el contenido del reconocimiento que el saludo expresa, a menudo mediante un apretón de manos o un beso. He dicho un apretón de manos. Más precisamente es la mano derecha la que se estrecha, no la izquierda; es ella la que sanciona el valor de nuestras palabras. Este contacto físico de las manos derechas, que a veces es sustituido por un beso, significa desde los más antiguos tiempos confianza y hasta fe recíproca. Se trata del gesto de la lealtad, del mantenimiento de las promesas y del respeto de los pactos. La mitología romana, por ejemplo, cuenta que el primer rey de Roma, el sabio y contemplativo Numa Pompilio, dedicó a la diosa Fides una ceremonia en la que los sacerdotes de la diosa debían celebrar su culto en el sagrario dedicado a ella con el brazo derecho cubierto. Las antropólogas Licia Ferro y Maria Monteleone explican en su hermoso texto sobre los *Mitos romanos* (Turín, Einaudi, 2010) que en la derecha –la mano hábil, aquella más capaz y experta

en manejar las armas– habitaba la *fides* de cada hombre, su honestidad y su correcto comportamiento. «Por ello, cuando sellaban un acuerdo o una amistad, los hombres se daban recíprocamente las manos derechas en ese gesto simbólico que se llamaba el *dextrarum iunctio*; también porque al hacerlo debían dejar necesariamente las armas y ponerse en contacto físico directo, como si uno fuese prolongación del otro y viceversa, como para significar así la unión y la concordancia de intentos y de recíproca benevolencia».

Así que llevar el saludo es una formalidad dentro de la que hay toda una gramática de sentido, una semántica real de las relaciones humanas. Explorar la semántica de este gesto cotidiano del que ninguna sociedad puede prescindir podría ayudar a valorarlo, y eso es necesario porque una sociedad en la que fuera abolido o prohibido el saludarse sería una distopía completamente inimaginable.

1

INAUGURAR LA RELACIÓN SIEMPRE DE NUEVO

En la red de las relaciones humanas, el saludo es un gesto que no se gasta por la repetición; todo lo contrario, vive de su reiteración, de su renovarse continua e inagotablemente. Es como si su repetición fuese la condición para que las relaciones humanas puedan ser continuas, si bien a veces deben ser interrumpidas por los inevitables saltos temporales o por las necesarias ausencias. A pesar de estas interrupciones, gracias al saludo renovado –y a la palabra de reconocimiento y de acogida que propicia– se deshace toda sospecha de que el otro nos es ajeno. El saludo restaura el conocimiento personal; restaura la confianza que hubo un día, por breve que fuera; restaura el discurso, dejado en suspenso. No se trata casi nunca de un discurso específico, sino de un *dicebamus* ambiental y existencial, como el lugar a partir del cual el simple decir y el proferir cualquier cosa ya se vuelven significativos, porque se vinculan con lo que ya se había dicho. El extrañamiento se desvanece en cuanto se pueda decir un «ya»; sin pasado no puede decirse «ya». En efecto, ante una nueva persona que conocemos, a menudo se nos ocurre decir: «¿Nos hemos visto ya en alguna parte? Su rostro no me resulta nuevo, quizá ya nos hayamos conocido». Ese «ya» se refiere a un pasado o, mejor, a una historia sin la que nosotros seríamos extraños, desconocidos, absolutamente nuevos, sobre todo para nosotros mismos. Y así como

tras cada despertar matutino nos conectamos con nosotros mismos y con nuestro inmediato entorno físico y social (generalmente la habitación y la casa, a las que saludamos con alivio –aunque sin palabras– tras habernos despertado), así sentimos la necesidad de saludar siempre a nuestros seres queridos, sobre todo a los niños, haciendo preguntas repetitivas y hasta triviales, pero llenas de un deseo de reanudación de la conversación y del vínculo de lo que por la noche quedó cortado. No se trata, por lo general, de una conversación profunda, sino de una serie de preguntas y respuestas con las que mostramos interés y atención, haciendo ver así que hemos superado ese hiato temporal y afectivo que la noche ha creado entre los familiares (o entre los amigos, los compañeros, los colegas).

El saludo no es solo un saludo, sino una reanudación de la familiaridad y de los vínculos de atención que toda unión supone. De modo que el saludo restaura. En este verbo entra tanto el ajuste de esa ruptura simbólica (la noche, la ausencia temporal, el vacío de la palabra y, por ello, de la comunicación) cuanto el más intenso rito del recomenzar, del reinaugurar el sentido de nuestro «estar en el mundo», cuyos múltiples hilos (solo potencialmente infinitos, pero de hecho limitados en el número y en la calidad) deben ser reactivados y reinaugurados como si fueran nuevos cada día y a menudo varias veces al día. Quizá sea por eso por lo que las grandes tradiciones religiosas enseñan el deber de la «oración de la mañana» y fijan liturgias de saludo del nuevo día. La sustancia de esta liturgia es la acción de gracias a Dios por haber «renovado el orden de la creación» y por haber instaurado la vida en nosotros y en aquellos que nos circundan.

En el mundo judío se saluda el nuevo día no desde una perspectiva de simple convención horaria, sino como un

acontecimiento de la luz tras la tinieblas y de la conciencia tras el sueño, y más radicalmente como el retorno de la vida tras esa muerte que las tinieblas simbolizan. Quien allí saluda dice *boker tob*, es decir, «buenos días». *Boker hor*, responde quien es saludado, es decir, «que sea una mañana de luz», o sea, de vida e iluminación, de comprensión y disfrute del mundo. Y ello porque la luz es buena y porque no hay bondad sin conciencia de ese bien que el mundo es. El mundo es siempre bueno cada día. Este es el sentido de ese saludo judío que inaugura las relaciones familiares y sociales, y que, bien mirado, renueva el sentido profundo de nuestro vivir en el mundo, prescindiendo de las dificultades que ese día en particular pueda reservarnos. En la medida en que reinstaura el sentido de nuestro mundo, el saludo judío es una *beraká*, es decir, una bendición. El mandato de decir esta *beraká* cada despertar matutino es teológicamente el saludo por antonomasia. Todo saludo es una *beraká* en cuanto que inaugura de nuevo el aspecto de estar vivos y activos en el mundo. Todo saludo es una bendición para quien está a punto de entrar de nuevo en nuestro mundo. Es una *beraká* dada y recibida, como sucede para ese tiempo especial que conecta lo ordinario con su sentido más radical y que es el *shabbat*. Saludar cada viernes tarde al *shabbat* significa acoger un tiempo que trasciende el tiempo y que por ello pasa a ser, en una virtuosa cadena de resignificaciones semanales, «la reina» que gobierna, orienta y resignifica el ritmo de los días, meses y años, que a su vez son resignificados y saludados con liturgias *ad hoc* tales como las oraciones de fin de mes (*rosh hodesh*) y las de fin de año (*rosh hashaná*).

No son más que ejemplos de cómo el saludo es un acto «performativo» que, en cuanto se lo rescata de la rutina inconsciente de las costumbres, revela su poder de renovación del valor del mundo en sí mismo y para nosotros, poniendo-

nos en el estado de creadores de nuestras propias relaciones y de forjadores de nuestro propio sentido, en la medida en que restauramos el sentido originario bendiciéndolo. La filósofa francesa Catherine Chalièr se pregunta: ¿quién puede acordarse de la creación del mundo? Obviamente nadie. Sin embargo, ese saludo que renueva y reinstaura cada día *ex novo* las relaciones del mundo y en el mundo es un memorial de la mañana de ese primer día en la que la luz rompió la monotonía y la tristeza de las tinieblas (el *tohu wabohu*), estableciendo la primera diferencia y distinción en virtud de la cual vemos las cosas antes incluso de nombrarlas. *Yehi hor, fiat lux*: y la luz se hizo. He aquí por qué la luz debe ser saludada y bendecida cada despertar, ella es el primer bien del hombre; gracias a ella podemos saludar y bendecir a quienes están cerca.

2

COLMAR LA DISTANCIA EN EL SALUDO DEL VICARIO

Según los tipos de relaciones y de circunstancias, la experiencia cotidiana es rica en diversas clases de saludo. Vamos a resaltar la costumbre de saludar de parte de alguien, cuando una persona ausente encarga a otra –le da ese encargo– saludar de su parte. En este caso, aquel que lleva los saludos es una especie de embajador o de representante, un vicario de quien le ha encargado y de quien hace sus veces. Como he dicho, se trata de un encargo que comporta una responsabilidad precisa: hacer presente al ausente y colmar una distancia física por medio del gesto del saludo antes incluso que con las palabras. Lo que cuenta en esta tarea de representación no son las palabras, dejadas a la libertad y a la discreción del embajador, sino que aquel que recibe el encargo se presente y ofrezca su gesto. Quien está ausente se hace presente por medio de la voz y el rostro del portador del saludo. «Te traigo los saludos de» activa una pluralidad de relaciones y una nueva posibilidad para el discurso, dado que quien es saludado debe reconocer en quien saluda a la persona intermediaria, sin olvidar que este tercero que se ha interpuesto es siempre un tercero, es decir, otro respecto al tú ausente y, sin embargo, alguien que actúa/dice o, todavía mejor, voz y rostro del tú ausente.

En este encargo, el mediador tendría que «desaparecer» como tercero para hacer presente al ausente (ese tú que

manda su saludo), pero lo cierto es que no desaparece en absoluto. Más aún: emerge con el pretexto de esos saludos como una nueva posibilidad para el discurso, y ello hasta el punto de que los saludos de ese tú –en cuyo origen está su misión– pasan a ser los saludos de un tercero respecto a la posibilidad de una conversación nueva entre quien recibe esos saludos y quien los ha traído. Este vicario ha colmado la distancia entre dos interlocutores, pero también ha instaurado un nuevo canal de comunicación: una relación nueva y autónoma que se nutre ciertamente del común conocimiento y de los vínculos que cada cual tiene con el tercero (o con otros), pero que luego crece por sí mismo como solo la interacción física inmediata y directa permite que crezca.

No hay duda respecto a la posición vicaria que el vicario juega respecto a quien representa, que es la misma que la del embajador con quien debe representar (tradicionalmente un soberano o un Estado); pero es que el poder del vicario a la hora de transmitir el mensaje que lleva es casi absoluto, hasta el punto de que el éxito en cuanto a que colme o no la distancia entre «emisor» y «receptor» depende exclusivamente de él, de su mediación verbal, de las palabras que escoja y hasta del tono con que las emita. Esta dinámica del mensaje –el saludo– enviado por una persona que hace de vicaria a un destinatario que debe reconocerlo (y que debe saber distinguir entre el emisor y su mediador) preside la estructura misma de la revelación en las religiones mono-teístas de origen mediterráneo: Dios es el ausente que habla a su pueblo mandando «el saludo» por medio de algunos mensajeros, que deben llevar fielmente este «saludo», pero que de hecho no desaparecen en su misión, sino que a menudo llegan a formar parte integrante del propio saludo, del mensaje que deben transmitir.

No es tanto el caso de los ángeles (que aparecen también como los más perfectos portadores de mensajes divinos y cuyos nombres confirman, por así decir, su relatividad o carácter subalterno respecto a lo divino –nombres que reciben casi siempre de la divinidad de la que son portavoces–), cuanto el caso de los profetas, que a menudo son profetas a su pesar, es decir, que se les ha encargado llevar un «mensaje de saludo» que podría no ser reconocido como tal y que incluso podría resultar desagradable, y por ello rechazado. En la vida cotidiana esto puede sonar surrealista y hasta absurdo: quien recibe un saludo de parte de otro da las gracias educadamente y, si es el caso, devuelve los saludos y envía a su vez otro mensaje. En los casos de los vicarios divinos, de los profetas o de los mesías (que no son otra cosa que portavoces, embajadores o mensajeros), en cambio, las historias sagradas atestiguan la posibilidad no ya solo del rechazo del saludo, sino hasta de persecución de los mensajeros. De ahí la conocida reserva de muchos de los profetas mayores y menores a la hora de hacerse cargo de una palabra y de una voz que condiciona, que ordena y que hace pasar el contenido del saludo –la salvación– por medio de la aceptación de algunas condiciones (un determinado modo de actuar, una confianza radical, un cambio de vida).

De modo que llevar los saludos de parte de alguien es una tremenda responsabilidad, y ello porque saludar vicariamente compromete y obliga tanto a quien debe recibir ese saludo (se trata de una recepción positiva que no debe darse por descontada) cuanto a quien lo envía (sustraerse a esta tarea supondría una traición y una declaración de ruptura). Portar los saludos es más que portar; es un verdadero soportar: un soportar la relación de otros y permitir que otros puedan gozar de una relación especial de la que nosotros, en cuanto portadores, somos meros espectadores

e instrumentos. En este actuar de soporte y en este sufrir la intermediación, como cualquier transmisor de mensaje, el profeta –y es emblemático el caso de Jonás– debe encontrar el justo equilibrio entre aparecer y desaparecer, entre el gozo y la pena por ser «solo» un profeta y no la profecía misma, solo el embajador y no aquel o aquella que instituyó la embajada.

Como todos los verdaderos profetas, Jonás es reticente a la hora de llevar la palabra de la *teshubá* [conversión] y de la salvación a la gran ciudad de Nínive, cosa que solo hace en cuanto que es constreñido por la violencia divina (la tempestad). Pero al éxito de su misión vicaria Jonás reacciona con la tristeza y la rabia de quien ha tenido que desaparecer en cuanto persona frente a su mensaje. Solo el gozo del *qiqayon* [ricino] que le da sombra le restituye el espesor físico, la consistencia humana y la dignidad individual. Es a través del *qiqayon* como Dios consuela a su profeta y le instruye en la piedad hacia toda criatura («Señor, tú salvas a hombres y a animales»).

En la medida en que obliga a representar a otros, llevar los saludos comporta, por tanto, hacerse cargo de ese otro al que representamos –y ello permaneciendo quienes somos– así como reconocer que ese saludo que llevamos es independiente de nosotros y más grande que nosotros. Y ello porque una relación que nosotros no hemos creado y de la que nosotros somos simples servidores supone un discurso que ya existía antes de que nosotros interviniéramos como mediadores. Quien lleva tal saludo colma una distancia, un vacío, un hiato, pero al mismo tiempo lo preserva y consagra como una modalidad de la propia relación: su continuidad a pesar de la discontinuidad; su fidelidad a pesar de la interrupción; su verdad a pesar del silencio y del vacío que se interpone en el diálogo. Es el sentido de toda «reve-

lación», justamente porque es el sentido de toda relación, que nos desvela que vamos más allá de nosotros mismos, y a menudo prescindiendo de nosotros mismos. De este modo no solo llevamos el saludo, sino que somos llevados por él en una constelación de relaciones de la que normalmente no somos más que testigos mudos. Sí, mudos, y ello pese a que para saludar tengamos que poner en juego nuestro rostro y nuestra voz.

3

ETIMOLOGÍA DEL SALUDO

Con la ayuda de buenos léxicos y diccionarios es fácil remontarse a las raíces semánticas de los términos que se refieren al saludo en las lenguas que nos son más conocidas. Si nos fijamos en la palabra latina *salus*, de donde provienen los términos y conceptos de salud y de salvación, se intuye enseguida cómo el «llevar el saludo» puede asumir una vasta gama de significados que se refieren tanto a la esfera del bienestar humano corporal-material como al psíquico-espiritual.

Remontándonos en el tiempo y ampliando la mirada a otras lenguas más o menos antiguas encontramos la palabra en sánscrito *svastha*, que significa un bienestar global; la palabra griega *sotería* expresa la idea de salvación-salvamento de todo mal, empezando por la enfermedad y la muerte, con lo que es una palabra llena de valor terapéutico; la palabra egipcia antigua *snb* alude a la integridad de la vida en todas sus dimensiones; al igual que nuestro «salve», los nórdicos utilizan las palabras *Heil*, *Hails* y *heilag*, que se refieren a estar bien, a la buena suerte, al buen auspicio; los semíticos *salaam* y *shalom* indican integridad, armonía y plenitud de bien y de bienes. Si profundizamos en los términos que usamos cotidianamente para saludar a familiares y amigos o para dirigirnos con deferencia a las autoridades, se nos desvelará el sentido de un gesto que va más allá de la buena educación.

En la historia de las civilizaciones humanas, el saludo ha asumido con frecuencia el valor de un rito propiciatorio que

el individuo dirige a otro esperando que se le corresponda en una circularidad social (nadie en su sano juicio se auto-saluda, puesto que saludar es un rito eminentemente social, relacional y público). Se propicia para el otro y se es propiciado por el otro, y ello porque el augurio es justamente una bendición, y es claro que uno no se autobendice.

Así que la salud y el bienestar son, en todas las múltiples dimensiones que caracterizan a una persona o a un grupo social, aquello que se desea al saludar y el contenido mismo del saludo; salud y bienestar establecen esos valores supremos que son comunes a toda la humanidad en cualquier latitud geográfica y en toda cultura: la vida física, la paz interior, la armonía con el ambiente... El rito del saludo es universal; se diría que es una característica antropológica fija. Lo que varía según los lugares y los tiempos son las palabras y los gestos que acompañan al saludar (estrecharse las manos, el beso, el abrazo, la inclinación...). Pero siempre es un rito, una invención humana, un instrumento cultural mediante el que se reconocen algunos valores en común en quien saluda y en quien devuelve el saludo, y sin el cual no habría vida social y, aún más, no habría cultura, ni civilización, ni educación.

Se trata de un rito que tuvo que tener cierto carácter sacro en el mundo antiguo desde el momento en que ha entrado en las liturgias religiosas, en el arte de escribir epístolas, en ceremonias oficiales de todo género y hasta en competiciones deportivas, en las que el canto y la escucha del himno del equipo contrario, así como el intercambio de banderas y enseñas, sirve como saludo oficial y como buen augurio y compromiso público de cara a una correcta competición –es decir, leal y sin peligros– en la que «gane el mejor». Más allá de cómo sean las traducciones modernas, en el comienzo de todas la liturgias cristianas resuena el *pax*

vobiscum –la paz esté con vosotros– como bendición y augurio que resume el sentido de la acción litúrgica que se va a realizar. Y es que la oración es siempre el reconocimiento de que Dios se hace cargo del mundo y salva al pobre que lo invoca, garantizándole este refugio y este bienestar de los que tiene necesidad.

La *pax* evocada al comienzo de toda liturgia es la traducción latina del *shalom* hebreo; el saludo *shalom* *'alechem* –que la paz esté con vosotros– se refiere ciertamente a la paz, entendida por lo general como tranquilidad interior y ausencia de conflictos, pero asume y sintetiza todos esos valores que hacen de la existencia algo positivo y digno de ser vivido: antes que nada, la salud física y mental, pero también gratificantes relaciones con el prójimo, bienestar y riqueza material, satisfacciones personales, etc. Quien recibe este saludo es como si recibiera de su prójimo una *beraká*: una bendición para mantenerse «sano y salvo», sin enfermedades ni dificultades económicas, tanto él o ella como su familia. De ahí la sonrisa que acompaña a este saludo y que expresa el gozo de este augurio. El *jaire Miryam*, el «alégrate, María» del ángel Gabriel anunciando la encarnación (que está entre los sujetos preferidos de la iconografía religiosa occidental y que se traduce de forma menos incisiva con el *Ave Maria* latino y con el no casual *gratia plena*), subraya esta plenitud de vida de la que es preciso gozar como de un don y una bendición especiales. No es exagerado decir que toda la historia cristiana nace de este saludo y que está inaugurada por el anuncio que este saludo anticipa y hace pregonar. Dios mostró menos delicadeza cuando se dirigió a Abrahán para pedirle que dejase la «casa» de su padre y para que se dirigiera «hacia sí mismo» (con la expresión *lek leká bereshit*, Gn 12,1). O quizá sea que este imperativo invertía ese orden de los homenajes-saludo que resultaba

concebible únicamente cuando ya estaba estipulada una relación o una alianza. El Dios bíblico se reserva lo de saludar/homenajear a sus amigos al término de sus vidas más que a su comienzo, cuando les despide de este mundo con un beso (la muerte mediante un beso es un privilegio que Dios concede solo a sus profetas).

El *shalom*, es decir, la paz-bienestar a la que nos hemos referido aquí, no es sin embargo una fórmula mágica o un rito automático. Se trata más bien de un gesto libre y voluntario que «sucede» si el saludo es vivido de una forma dinámica como apertura, comunicación y potencialidad, y si como tal se reconoce y se devuelve con la misma apertura y capacidad de acogida. De lo contrario queda como una oferta abortada, como un gesto vaciado de sentido. El *shalom* ofrecido puede ser retirado, puede no llegar a su objetivo, puede incluso transformarse en su contrario. Solo cuando es acogido y devuelto, o sea, dado de nuevo en cuanto promesa de bienestar, salud y paz, el saludo «performa», es decir, actúa y realiza aquello que sus palabras significan. Y es así como cimenta el vínculo –la *religio*– de aquel que se reconoce en ese saludo ofrecido y devuelto. ¿Qué otra cosa es la salvación anunciada por las religiones históricas (judaísmo, cristianismo e islam) sino un programa de vida bien vivida –en la observancia de la voluntad divina– al que sigue una multiplicación de vida en el mundo futuro que compensa y ajusta los sufrimientos de este mundo y los redime con un *shalom* perfecto en un *shabbat* sin fin?

El *shalom*, esa *pax* inaugural que abre en el saludo litúrgico ese dirigirse de Dios al hombre y del hombre a Dios, anticipa una paz restauradora de su naturaleza escatológica. Se trata de un *shalom* que acaecerá (junto al mesías, si bien más grande que el propio mesías, que a menudo debe combatir y derrotar a los enemigos) solo después de la inevitable

lucha contra el mal en una circularidad que une el *ésjaton* con el *Chaoskampf* del inicio del mundo.

Este contexto religioso (en el que el saludo queda tan resaltado, llegando a ser «promesa» y hasta «garantía» de un tiempo que ha de venir –casi como una hipoteca en positivo respecto al futuro de quien es «saludado», casi agradado mediante este rito–, gesto tan humano, cultural y cultural) no debe hacer olvidar la valencia profana, si es que podemos expresarnos así, y semifilosófica del término «saludo» contenida en la terminología griega en los sustantivos *sotería* y *soter*, y que normalmente traducimos como «salvación» y «salvador». ¿En qué consiste esta salvación fuera de la acción litúrgica y fuera del discurso religioso?